

ANTECEDENTES SECULARES Y ECLESIALES RECIENTES DE LOS GRUPOS DE VIDA FRATERNA

Dr. Gaston de Mézerville

El Padre Leonidas Ortiz Lozada, al referirse al origen de la dinámica que se establece en lo que hoy se conoce, dentro de la tradición rogeriana, como 'grupos de encuentro', manifiesta que "el hombre, que por naturaleza es un ser social, se ha preocupado desde tiempos remotos por asociarse para lograr un objetivo determinado. Los investigadores suponen la existencia de un contrato social primitivo, en el cual los hombres establecieron las primeras normas de la convivencia humana y se fueron organizando paulatinamente en grupos de distinta índole. Sin embargo, la 'dinámica de grupos' como tal surgió a finales de los años treinta en los Estados Unidos" (Ortiz Lozada, en CELAM, 1993, p. 143).

El surgimiento y amplia difusión a nivel mundial de este tipo de experiencias grupales que procuran, como fin primordial, el crecimiento personal y las relaciones humanas, parece ser un fenómeno sin precedentes, característico del siglo veinte. El eminente psicólogo norteamericano Carl Rogers, en su libro *Grupos de encuentro* (1973), al referirse a este fenómeno grupal manifiesta que, en la historia humana, es evidente que siempre ha habido grupos y que siempre los habrá; pero que aplicando la palabra 'grupo' en un sentido especial, para aludir a una experiencia grupal planeada e intensiva, "esta es la invención 'social' del siglo que se difunde con mayor rapidez y, quizás, la más importante" (pág. 9). Sin embargo, lo más extraordinario de esta vivencia grupal entre personas que, en su inmensa mayoría, no comparten lazos sanguíneos, es que no parece obedecer a un plan preconcebido, sino que más bien se ha desarrollado casi totalmente fuera del "orden establecido". Esto, en opinión de Rogers, no corresponde a las tendencias sociales normales del pasado, pues muy pocas tendencias anteriormente habían tendido a expresar, como en los "grupos de encuentro", las necesidades y deseos genuinos de las personas, más que de las instituciones, considerando por ello que este fenómeno amerita que se realicen estudios psicológicos más profundos al respecto. En sus propias palabras, Carl Rogers lo expresa diciendo que el "factor que hace más notable todavía la rapidez de esta difusión es su total espontaneidad y su carácter no organizado

(...). Ningún grupo u organización ha impulsado el desarrollo de los grupos de encuentro. Ni fundaciones ni gobiernos financiaron esa difusión (...). Pese a ello, en iglesias, universidades, 'centros de crecimiento' y establecimientos industriales, la cantidad de grupos se multiplicó. Ha sido una demanda espontánea de personas que buscaban claramente algo..." (Rogers, 1973, p. 17)

En un esfuerzo por dar respuesta al interrogante de cuál es la necesidad psicológica que atrae a las personas hacia los "grupos de encuentro", Carl Rogers señala que esta demanda se deriva de la deshumanización creciente de nuestra cultura moderna, por lo que se trata de "algo que la persona no halla en su medio laboral, en su Iglesia ni, por cierto, en su escuela o universidad, ni tampoco -lo que es bastante triste- en la vida familiar moderna. Es el ansia de relaciones reales e íntimas, en las que sentimientos y emociones puedan expresarse en forma espontánea, sin una previa y cuidadosa censura o contención; en las que sea posible compartir experiencias profundas, desencantos y alegrías; en las que pueda correrse el riesgo de probar nuevas formas de conducta; en una palabra, en las que la persona se aproxime al estado en que todo se conoce y acepta, siendo así factible un mayor desarrollo" (Rogers, 1973, p.18).

En el ámbito de la promoción de experiencias psicológicas de superación personal, el fenómeno que Rogers designa con el nombre de 'grupos de encuentro' surgió en los Estados Unidos a partir de las décadas de los años treinta y cuarenta, apoyándose a nivel conceptual en el pensamiento de ciertos psicólogos de renombre, particularmente de Kurt Lewin y de Carl Rogers. A continuación se analiza la contribución de cada uno de ellos.

Kurt Lewin, un famoso psicólogo de origen alemán que laboraba para el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), en los Estados Unidos, fue quien promovió la idea, en asociación con un equipo de especialistas que lo acompañaban, de que la formación en relaciones humanas constituía un tipo de educación importante pero descuidado en la sociedad moderna. Fue así como inspiró la metodología de los denominados "grupos T" ("T" por *training*, o sea, capacitación), en los que se enfatiza la necesidad que tienen las personas de capacitarse en el área de las relaciones

humanas. A Kurt Lewin se le atribuye la popularización del concepto "dinámica de grupos", tan conocido en la actualidad, y el haber enriquecido con sus investigaciones la teoría sobre las relaciones grupales. Asimismo, al fundar en 1944 el "Centro de Investigación de Dinámica de Grupos", adscrito al Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), instituyó la primera organización en el mundo dedicada exclusivamente a investigar todos los aspectos relacionados con la dinámica grupal en las relaciones humanas (Ortiz Lozada, en CELAM, 1993, p. 144).

Por otra parte, Carl Rogers, el autor del sistema de terapia 'centrada en el cliente', consideró, junto con sus colegas del "Centro de Asesoramiento Psicológico" de la Universidad de Chicago, y aproximadamente por la misma época, que ninguna formación de tipo cognitivo bastaría para promover mejores relaciones humanas, si no se ligaba el aprendizaje cognitivo con el fruto de las experiencias personales, en un proceso que tuviese valor terapéutico para el individuo. De esta manera, según lo afirma el mismo Rogers, "los grupos de Chicago se orientaron sobre todo hacia el desarrollo personal y el aumento y mejoramiento de la comunicación y las relaciones interpersonales, en vez de considerar que estas eran finalidades secundarias". A esto agrega Rogers su reconocimiento de que "las bases conceptuales de todo este movimiento fueron, al principio, el pensamiento lewiniano y la psicología de la gestalt, por un lado, y la 'terapia centrada en el cliente', por otro" (Rogers, 1973, pp. 11-12).

Desde el punto de vista filosófico, Rogers también acepta que los grupos de encuentro tienen claras implicaciones existenciales, debido a su tendencia creciente a enfatizar 'el aquí y el ahora' de los sentimientos humanos y de la propia experiencia. Se los asocia, por lo tanto, con la posición psicológica de otros connotados psicólogos como son Abraham Maslow y Rollo May, así como con la de sus ilustres precursores en el campo de la filosofía: Sören Kierkegaard y Martín Buber.

Para definir operacionalmente los grupos de encuentro, sea que estos se autodenominen como tales, o como 'grupos T', grupos de sensibilización, de superación personal, de desarrollo organizacional, grupos gestalt, etc., puede establecerse que, casi sin excepción, los grupos son pequeños

en su membresía, carecen hasta cierto punto de estructuras rígidas, y eligen autónomamente sus propias metas y propósitos, apoyándose a menudo, aunque no siempre, en algún tipo de insumos programáticos o referentes teóricos que se ofrecen como materiales de orientación al grupo.

Por otra parte, estos grupos de encuentro tienden a adoptar distintas formas y tiempos de reunión. Aunque algunos están constituidos por personas extrañas entre sí con anterioridad al inicio del grupo, muchos otros se conforman con personas ya conocidas dentro de sus ambientes eclesiales, laborales, educativos, habitacionales, etc. Se puede encontrar también grupos de parejas o a nivel familiar, que se reúnen con la esperanza de apoyarse mutuamente a mejorar sus relaciones conyugales, las relaciones entre padres e hijos, o a nivel familiar extenso. Asimismo, muchos grupos se originan en la búsqueda por satisfacer necesidades comunes específicas, como son los grupos 'Synanon' para el tratamiento de drogadictos, los grupos de alcohólicos anónimos, neuróticos anónimos, etc. En cuanto al elemento temporal, la mayoría de los grupos de encuentro han tendido a caracterizarse, ya sea por sesiones intensivas durante un solo fin de semana o una semana completa --sin que se garantice su permanencia posterior--, como también hay otros que se reúnen varias veces por semana o por mes a lo largo del tiempo.

En lo tocante al proceso de maduración grupal, Carl Rogers insiste en que "debido a la naturaleza no estructurada del grupo, el problema principal de los participantes es cómo utilizar juntos su tiempo. Al principio, existe con frecuencia un estado de consternación, ansiedad e irritación, que obedece sobre todo a la falta de estructura. Solo en forma gradual se pone de manifiesto que la finalidad más importante de casi todos los miembros es hallar maneras de relacionarse con otros integrantes del grupo y consigo mismos. Luego, al explorar paulatina, tentativa y temerosamente sus sentimientos y actitudes recíprocos y hacia sí mismos, cada vez les resulta más claro que lo que manifestaron primero eran fachadas, máscaras... Lentamente se genera un sentido de auténtica comunicación, y la persona que se ha ocultado con cuidado de las demás muestra, en alguna medida, parte de sus sentimientos genuinos. Por lo general, hasta entonces albergaba la creencia de que estos serían inaceptables para los otros miembros del grupo; ante su gran sorpresa, comprueba que se le acepta más

cuanto más real se vuelve (...). Así, pues, es muy común que comience a surgir, poco a poco, una sensación de confianza, y también de cordialidad y simpatía, hacia los demás integrantes (...). Por lo tanto, en un grupo como este, el individuo llega a obtener un conocimiento de sí mismo --y de cada uno de los demás-- más completo que el que logra en sus relaciones sociales o de trabajo habituales. Puede conocer de manera profunda a los otros miembros y su propio ser interior, el ser que, de otro modo, tiende a ocultarse detrás de su fachada. De ahí que en el grupo se relacione mejor con los demás y, más tarde, también en la vida diaria" (Rogers, 1973, pp. 15-16).

LA DINÁMICA DE GRUPOS EN UN CONTEXTO HISTÓRICO-ECLESIAL

La descripción anterior sobre los grupos de encuentro seculares, ofrece una explicación coherente con relación al planteamiento de la teoría de dinámica de grupos y a la necesidad que se tiene, en una sociedad masificada, de consolidar ambientes apropiados en los que los individuos puedan reencontrar un sentido de autenticidad personal y de intimidad con los demás. Estos antecedentes seculares, sin embargo, no bastan para explicar el surgimiento y el desarrollo, ocurrido durante el siglo veinte, de las agrupaciones laicales dentro de un contexto eclesial.

Aunque los grupos eclesiales sin duda se han beneficiado con los aportes psicociológicos de las ciencias humanas, su existencia no se deriva exclusivamente de tales aportes. Su verdadera fundamentación se encuentra, más bien, en el llamado milenario de Dios a edificar un pueblo que comparta una experiencia auténticamente comunitaria, basada en principios bíblicos y eclesiales, que en cada época se van expresando de formas diferentes, según el contexto en que este pueblo de Dios deba manifestarse. Debido a esto, por lo tanto, es importante analizar a continuación la manera en que surgen y evolucionan las agrupaciones laicales --y eventualmente las de tipo clerical o religioso--, como un eslabón más en el proceso de maduración eclesial que Dios va conduciendo a lo largo de la historia.

En el ámbito religioso, y específicamente dentro de la Iglesia Católica, la dinámica seguida por todas aquellas personas que han optado por agruparse con fines apostólicos y

de crecimiento personal o comunitario ha evolucionado grandemente a lo largo del siglo veinte. Esto lo atestigua enfáticamente el Padre Francisco Jálícs en un libro publicado en los años ochenta, cuando afirma que "en los últimos cincuenta años los movimientos católicos pasaron por una evolución notable respecto a su dinámica para asumir su propia conducta" (Jálícs, 1984, p. 171). Sin embargo, tal y como lo señalara Carl Rogers refiriéndose a los distintos tipos de 'grupos de encuentro' en los Estados Unidos y a nivel mundial, esta evolución no ha correspondido tampoco a ningún plan previamente trazado por las jerarquías institucionales --en este caso, la jerarquía eclesiástica--, aunque la jerarquía católica siempre haya participado de maneras más o menos indirectas.

Aun así, y conforme al criterio del Padre Leonidas Ortiz Lozada, se ha usado popularmente el concepto de "dinámica de grupos" para designar este fenómeno de evolución de las agrupaciones laicales, aplicándose el término, en un sentido más estricto, a todo lo referente al "conjunto de conocimientos, leyes y teorías sobre la naturaleza y desenvolvimiento de los grupos", lo que debe distinguirse de las 'técnicas de grupo', que son las "maneras, procedimientos o medios sistematizados de organizar y desarrollar las actividades de grupo, sobre la base de conocimientos suministrados por la teoría de la Dinámica de Grupo" (Ortiz Lozada, en CELAM, 1993, p. 147).

A pesar de que mi experiencia personal en contextos eclesiales corresponde en su mayor parte al período postconciliar, mi temprana inserción en agrupaciones laicales desde principios de los años sesenta me ha dado la oportunidad de conocer vivencialmente las distintas etapas evolutivas de tales grupos en la Iglesia Católica, lo que, unido a testimonios anteriores de otros autores como los ya citados, me permite esbozar una posible periodización del desarrollo evolutivo de esta experiencia.

1. PERÍODO CLERICAL DE LAS AGRUPACIONES LAICALES (A PARTIR DE LOS AÑOS TREINTA)

Este primer período, que se remonta en sus orígenes a los comienzos del siglo veinte, tiene su auge a partir de los años treinta, pudiendo identificársele con la creación y difusión

internacional de la Acción Católica, que se convierte en el primer movimiento de gran participación y fuerza laical dentro de la Iglesia Católica a nivel mundial. El Padre Francisco Jálícs se refiere a esto cuando afirma que "antes de los años treinta, prácticamente todas las organizaciones habían sido dirigidas por el clero y las autoridades eclesiásticas. Asimismo, sus objetivos apostólicos eran fijados por los mismos. En la década de los treinta apareció la Acción Católica. Con sus cuatro ramas, representaba la prolongación del apostolado de la jerarquía, pero ya con una conciencia mayor de los laicos. Tenían participación en la conducción y eran nombrados por la jerarquía para puestos directivos importantes" (Jálícs, 1984, p. 171).

2. PERÍODO DE MAYOR AUTONOMÍA EN LAS AGRUPACIONES LAICALES (A PARTIR DE LOS AÑOS CINCUENTA)

Este segundo período histórico en la evolución de las agrupaciones laicales se remonta a un par de décadas antes de los cincuenta, con la fundación en Europa de la Juventud Obrera Católica (JOC), y sus movimientos afines, a saber, la Juventud Estudiantil Católica (JEC) y la Juventud Universitaria Católica (JUC). Sin embargo, no es sino hasta los años cincuenta que en estos movimientos se propone un cambio operativo importante que define a este nuevo período. Según palabras del Padre Jálícs, "cuando estuve en Bélgica y tomé contacto con el movimiento de la Juventud Obrera Católica (JOC), se insistía mucho en la diferencia entre el director y el asesor. Eran los años cincuenta, cuando los movimientos católicos se esforzaban por liberarse de un excesivo predominio clerical" (Jálícs, 1984, p. 170).

Ahora bien, la JOC, la JEC y la JUC sobrevivieron activamente por mucho más tiempo gracias a este cambio hacia una mayor autonomía en su conducción, lo que no ocurrió con la Acción Católica, la cual declinó más rápidamente a pesar de los intentos internos de renovación. Como señala el Padre Jálícs a este respecto, en la década de los cincuenta "hubo una gran controversia en la Acción Católica francesa. Un sector de ella pretendió dar al movimiento otro objetivo. Decían que no querían ser la prolongación del apostolado clerical, sino que proponían que el objetivo de la organización fuera la formación de sus miembros para que cada uno, en su familia, en el ámbito de trabajo cotidiano, bajo su

propia responsabilidad, irradiara la fe (...). Este grupo que proponía el cambio se apartó de la Acción Católica y formó su propio movimiento. En la misma época nació el Movimiento Familiar Cristiano, que tenía el mismo espíritu. Se proponían formarse y tomar conciencia para actuar como cristianos donde la vida los ponía. La jerarquía lo aceptó y nombró sus directores laicos y sus asesores sacerdotes" (Jálics, 1984, pp. 171-172).

3. PERÍODO DE DIVERSIFICACIÓN DE LAS AGRUPACIONES LAICALES (A PARTIR DE LOS AÑOS SESENTA)

En este tercer período que corresponde a la época del Concilio Vaticano II, así como a la etapa inmediata postconciliar, y participando a su vez del despertar de la juventud mundial de los años sesenta, la dinámica de las agrupaciones laicales adopta signos de mayor diversidad en lo que se refiere a los tipos de espiritualidad, métodos y objetivos de acción. Esto, a su vez, desemboca en el nacimiento y desarrollo de nuevas agrupaciones y movimientos. Algunos concentran su atención en experiencias intensas de conversión mediante retiros espirituales, cursillos, jornadas o encuentros, en las que surge o renace una relación más vivencial con Jesucristo, así como un mayor compromiso laical por trabajar conjuntamente por la renovación de la Iglesia y del mundo. Otras agrupaciones adoptan una dinámica más estable de interrelación en pequeños grupos y una línea de apostolado en común a lo largo del tiempo, floreciendo particularmente en los años setenta los Cursillos de Cristiandad, el Movimiento Carismático, el Camino Neocatecumenal, el Movimiento de los Focolares, etc.

El Padre Jálics también confirma la dinámica particular de este período cuando dice que no cree equivocarse al afirmar "que en la década de los sesenta se pudo observar otro cambio. Después de sus respectivos apogeos, muy interesantes, los movimientos mencionados pasaron por cierto período de menos expansión y hasta de estancamiento (...). Hasta tenía la impresión de que existía cierta desorientación y cierto vacío. Viajando por aquí y por allá, empezaba a darme cuenta de que el vacío era más aparente que real. Como hongos, habían surgido grupos juveniles, grupos de matrimonios, grupos que no tenían ni nombres ni pertenecían a ningún movimiento. Pululaban por dondequiera que uno miraba. Nacían de improviso,

no querían encuadrarse en ninguna organización, luchaban buscando sus objetivos, se nucleaban en torno a una o dos personas (líderes), casi siempre los unía un lazo de amistad, daban buenos momentos de convivencia y trataban de esclarecer su fe... En la década de los setenta es sintomático que los movimientos que más prosperan, como los Cursillos de Cristiandad, ostentan las características comunes de que reposan sobre los hombros de los laicos y que poseen estructuras muy sueltas" (Jálics, 1984, pp. 172-173).

4. PERÍODO DE FORMACIÓN DE ESTRUCTURAS COMUNITARIAS (A PARTIR DE LOS AÑOS SETENTA)

El cuarto período que surge a partir de los años setenta, y que se extiende hasta la época actual, corresponde a la experiencia de numerosos laicos, provenientes en su mayoría de agrupaciones dentro del ámbito parroquial o de los movimientos eclesiales, quienes procuran pasar de un énfasis prioritario en la empresa apostólica que tienen en común a una dinámica de mayor compromiso comunitario entre sí, caracterizado por relaciones interpersonales mucho más estrechas y por una permanencia en el tiempo que excede a la que ostenta comúnmente la membresía de los grupos apostólicos.

Refiriéndose desde hace ya varias décadas a este fenómeno eclesial contemporáneo, el Padre Francisco Jálics manifestaba que "hoy estos movimientos y comunidades cristianas no son todavía ese frondoso árbol en el que anidan las aves del cielo, pero su sombra comienza a destacarse con gran fuerza e identidad propia en la vida de la Iglesia. La existencia de pequeñas comunidades cristianas, como las Comunidades Populares, de Base, Neocatecumenales, etc., son hoy en la Iglesia una realidad esperanzadora y llena de promesas, marcadas por un fuerte sentido eclesial, comunitario y ecuménico, con una importante prevalencia de los laicos" (Jálics, 1984, p. 173).

CONCLUSIÓN

En conclusión, tras haber realizado este recorrido para describir la evolución histórica de los 'grupos de encuentro' seculares, así como de las agrupaciones laicales a nivel eclesial, es posible y altamente beneficioso nutrirse de toda esta riqueza para el planteamiento de lo que denominamos

"grupos de vida fraterna", ya sea que sea que se ubiquen dentro del ámbito de la vida juvenil, matrimonial o sacerdotal, y en los que se procura promover una auténtica vivencia comunitaria en distintos contextos eclesiales.

BIBLIOGRAFÍA:

- de Mézerville, Gaston. **Madurez Sacerdotal y Religiosa: Un enfoque integrado entre Psicología y Magisterio (2 Tomos)**. Coedición CELAM-San Pablo. Bogotá, 2009.
- de Mézerville, Gaston. **Los Grupos de Vida: Instructivo Básico**. Seminario Central. San José, Costa Rica. 1996.
- Jálics, Francisco. **"Aprendiendo a compartir la fe"**. Ediciones Paulinas, Madrid, 1984.
- Ortiz Lozada, Leonidas, en Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) - Departamento de Laicos (DELAI). **"Manual de Formación de Laicos"**, Colección Formación Pastoral - 5, Santafé de Bogotá, 1993.
- Rogers, Carl. **"Grupos de Encuentro"**, Amorrortu Ediciones, Buenos Aires, 1973.